



A Castro, otro de los grandes derrotados del 2 de julio del 2000, le salieron mal las cosas. El gobierno de México votó a favor de la resolución de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU que pondrá, por enésima vez, bajo vigilancia al régimen castrista. Y los dirigentes del Partido Comunista Cubano tendrán que esperar una nueva oportunidad para disparar sobre la línea de flotación del gobierno mexicano, cosa que no hacían, por cierto, cuando gobernaban en México policías torturadores como Fernando Gutiérrez Barrios, íntimo amigo del Comandante.

Mientras los cubanos encuentran la manera de deshacerse de Castro, si es que les interesa, el PRD y el PRI tendrán que aprender a vivir en un mundo donde la ternura por la Revolución Cubana acabará por volverse una excentricidad, como obsoletos se volvieron tantas mitologías del siglo XX. El problema es cómo convivir con una oposición en cuya papelería se exalta la democracia parlamentaria mientras que su política exterior, en nombre del antiyanquismo, se concentra en la exaltación de un régimen de partido único, donde no existe ninguna de las libertades democráticas que el PRD y el PRI reclaman para México. La nostalgia de la mayoría de los priistas por sus años dorados con La Habana es comprensible: esa amistad les permitió ejercer el autoritarismo en México ante la benévola mirada de la progresía universal y —hay que decirlo— utilizar hábilmente a Cuba como un contrapeso geopolítico frente a los Estados Unidos. Para los priistas, la Cuba revolucionaria fue su casa chica.

Dada la invaluable contribución de sus fundadores a la transición en México, el caso más lamentable es el del PRD. Tras el episodio cubano de esta primavera, una vez electa la señora Rosario Robles, el PRD ha perdido, acaso para siempre, el hilo que lo conduciría a transformarse en un partido socialdemócrata moderno. Cansados de jugar a las elecciones internas, que tan mal les salen, los perredistas peregrinan a La Habana a desagrar a Castro, y estarán mirando con placidez y muina

POLÍTICA

Castro y los huérfanos de la Revolución Mexicana

La defensa ominosa y numantina de la dictadura cubana se ha convertido en el centro de la agenda nacional del PRD y del PRI. Han llegado tan lejos, sordos ante cualquier consideración jurídica o humanitaria, que sólo queda esperar que los huérfanos bicéfalos de la Revolución Mexicana empeñen y pierdan en esta aventura el poco capital democrático que les resta.

El episodio 2002 de la fraterna amistad entre la Revolución Mexicana y la Revolución Cubana comenzó, al parecer, con una provocación del Comandante en Jefe. Consciente de que el gobierno de Fox, tras algunas vacilaciones, sabría honrar su origen democrático, sumándose a las timoratas medidas que la comunidad internacional dicta

rutinariamente contra su dictadura, Castro decidió huir hacia adelante. Fracasado el primer portazo a la Embajada de México en La Habana, el dictador se presentó en Monterrey como una amante despechada, estalló en lágrimas por las humillaciones a que lo somete el otrora galante régimen mexicano, y dio un segundo portazo tras haber logrado su cometido: convertirse en la principal atracción de esa cumbre. Como es natural, el PRD y el PRI, celosos guardianes del principio de no intervención, no tomaron nota de las intenciones un tanto intervencionistas del Comandante, quien pretendió provocar la caída del canciller Jorge Castañeda, a quien tiene por autor de su desgracia. Horas después, las turbas castristas en La Habana, azuzadas por *Juventud Rebelde*, salieron a la calle a exigirle —palabras más, palabras menos— al presidente Fox la destitución de su secretario de Relaciones Exteriores, como si Cuba fuese un municipio dependiente de Los Pinos y no una república soberana.

aquellos trópicos donde no se realizan elecciones de ningún tipo.

Los huérfanos institucionales y democráticos de la Revolución Mexicana ven en la Cuba de Castro tanto al paraíso perdido como a la utopía cancelada. Pero la simpatía por el castrismo va mucho más allá del PRI y del PRD, estando asociada a esa tradición antiestadounidense tan entrañable para amplios sectores de la opinión pública mexicana. El antiyanquismo mexicano tiene profundas raíces históricas; pero casi ninguna de ellas, hay que repetirlo, es democrática ni liberal.

El odio a la sociedad abierta —y a su expresión más visible y compleja, los Estados Unidos— va asociado al culto por el caudillo providencial. Ambos elementos provienen, en América Latina, de la vieja derecha hispanófila, antiprotestante y profascista. Si el viejo Vasconcelos estuviese vivo le perdonaría a Castro su comunismo, una viruela epocal, por su emperrada defensa de Ariel contra Calibán. Eso deberían saberlo los panistas, pero no lo saben, y aquí entra en juego el tercer efecto del reciente episodio cubano. El PAN carece por completo de una cultura política que le permita comprender el mundo contemporáneo; cada vez que sus diputados son llamados a tribuna a defender la política de Fox y Castañeda ante Cuba, lo hacen con incomodidad, obligados a combatir en un terreno que desconocen y que, muy evidentemente, les importa poco. Algunos de esos diputados comparten la antigua execración nacionalcatólica contra los Estados Unidos, y la mayoría fueron educados en una subcultura gerencial, provinciana y mojigata, que de muy poco le servirá al PAN para afianzarse como un verdadero modernizador del sistema político mexicano.

Vistas así las cosas, el último sainete de Castro desnudó a las tres principales fuerzas políticas del país. Quizá México sólo estará verdaderamente preparado para la democracia el día en que condenar en la ONU al régimen castrista sea tan natural como abominar de los crímenes de Pinochet. —

— CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

EVOCACIÓN

María Félix (1914-2002)

Debe de haber sido en los años sesenta. Entró en aquella *boite* de Acapulco como torera partiendo plaza. La seguía su marido, Alex Berger, y algún otro acompañante. Recuerdo su indiferencia olímpica hacia el resto de nosotros, pobres mortales. Llevaba en la mano derecha un largo cigarrillo de color oscuro. De su cuello pendían saurios de oro. En sus manos relucían piedras inmensas como inmensos soles. Era más alta y altiva de lo que había imaginado. De lejos, me asomé al centro mismo de su poder: sus ojos. María Félix.

¿Habría con ella alguna vez?

Muchos años después la conocí por medio de esa reencarnación moderna de Maimónides —el médico y el filósofo— que es Teodoro Césarman. Me extendió su mano, apretó la mía con fuerza, alzó la “ceja de lujo” y anunció que nos invitaría a cenar muy pronto. Por esos días, Emilio Azcárraga planeaba ya un retorno de María a la pantalla. Nadie en México se resistiría a verla. De pronto, una idea maléfica cruzó mi mente: escribir su biografía. La comenté con Azcárraga y le pedí que Paula, su mujer, nos reuniese en una comida. Por fin llegaría mi alternativa.

No sé si fue antes o después de saludarla cuando le dije: “Usted se ha robado el siglo.” Ya en la mesa, le confesé mi deseo de escribir una biografía suya que pusiera en su sitio las mil y una versiones que corren sobre su vida y milagros. “Imagino las cartas que guarda de Jorge Negrete, de Agustín Lara: serían el fundamento de su historia verdadera.” Tras un silencio que me pareció interminable, contestó: “No guardo absolutamente nada. Ha llegado usted un poco tarde: hace unas semanas que me los eché a todos. No puede uno cargar con el pasado a cuestas. No es sano. Yo vivo hacia adelante. Por eso me eché las cartas del charro cantor y las del músico poeta, por eso tiré la guitarra de Pedro

Infante y no sé cuántas cosas más. Apegos inútiles. Me los eché a todos. ¿Comprende? De modo que si yo conviniera en que usted escribiese mi biografía tendría que ser exclusivamente con mis recuerdos, con mi sesera. Créame, no necesitaríamos más.”

A los pocos minutos “se echó” el tema de la biografía y comenzó a hablar. Al escucharla pensé que su audacia mayor ha sido el lugar público que eligió desde hace décadas, al terminar la última de sus cuarenta y siete películas: no la oscuridad ni la luz sino la penumbra. Ni los adioses patéticos y definitivos a la Marilyn Monroe, ni los abandonos etílicos de Ava Gardner, ni la persistencia ante los reflectores de Liz Taylor. Un poco como Greta Garbo, pero sin caer en sus extremos autolesivos, María Félix optó por proteger su personaje. Desde un principio percibió que en torno a él se había creado un mito y sintió que su imperativo mayor era respetarlo. Su distancia, su retraimiento, no fueron un retiro: están hechos de reserva, no de inseguridad o temor. Su silencio, como en aquel cuento de Rulfo, se oye. Y más ahora que ya ha callado definitivamente.

Pero, ya frente a ella, sus palabras se oían más. Su genio verbal me sorprendió casi tanto como su hermosura tenaz. Cada frase contenía giros inusitados. Había algo de fuate, de puñal en sus hallazgos, una sorpresa incesante que no tenía su origen en lecturas o reflejos miméticos, sino un venero propio construido al cabo de mil experiencias, viajes, personas. Su trato con escritores —Xavier Villaurrutia, Salvador Novo, Renato Leduc, Mauricio Magdaleno, Efraín Huerta— contribuyó seguramente a alertar su oído, pero la originalidad de su voz era evidente. Y si a la creatividad se aunaba la corrección, la charla de sobremesa se volvía lo que fue aquella: un acto de encantamiento.

Sin mayor preámbulo, en la siguiente cita comencé a grabar sus recuerdos. Una buena química en la conversación, un ánimo festivo, un proyecto intelectual que podía ser interesante y que ambos entreveíamos con claridad, abrieron caminos de comunicación.

“Por primera vez estoy abriendo mis entretelas”, me dijo, como sorprendida por el torrente de imágenes y sensaciones antiguas y recientes, muchas de ellas íntimas, que le brotaban. Era una tarde en su casa de Polanco. Estaba sentada en uno de sus sillones barrocos, vestida toda de cuero negro con bordados y pasamanos de oro. La conversación duró casi cuatro horas. Vendrían muchas más.

Fue en aquella primera conversación cuando me contó, me reveló, la historia de su primer amor. Recordó los paseos a caballo abrazada a él, como soldadera, recordó su voz y su guitarra, su lunar en la mejilla, sus ojos claros, los rizos de su pelo rubio, su postura cuando llegó a Guadalajara vestido con su riguroso uniforme militar. Las piernas le temblaban al verlo. Le decía “el Gato” y sobre su sentimiento acuñó una frase memorable: “El perfume del incesto no lo tiene otro amor.”

María, en efecto, “abría sus entretelas”. Me refirió que, al advertir el embrión amoroso entre ella y su hermano Pablo, sus padres decidieron cortar por lo sano. Enviaron a Pablo al Colegio Militar. Tiempo después, cuenta María, Pablo murió, asesinado por la espalda. La conversación se demoró muchas horas en la casa de Bernardo Félix: aquel padre durísimo, la madre aliada, la nana yaquí, las hermanas que, como al José bíblico, intentaron ahogarla en un pozo, la vida en Álamos, en el rancho “El Quiriego”, en Guadalajara. Pero yo insistía en la historia de Pablo, adivinando en ella una clave maestra para comprender a la mítica mujer con la que conversaba. Mi interés no le sorprendía: lo compartía. Algo se descargaba en aquella confesión. Hablar de Pablo era un alivio.

Saliendo de su casa me comuniqué con un historiador y militar que quiero y respeto: el general Luis Garfías. Le pedí que gestionase la búsqueda del expediente de Pablo Félix Güereña, de quien sólo tenía el nombre y la certeza de que había pasado por el Colegio Militar en los años treinta. Días más tarde me llamó para decirme que lo había localizado.



Mujer que sabe fumar.

Al recibir el documento comprobé el parecido impresionante entre los hermanos —el mismo clarísimo lunar en la mejilla— y apuré nerviosamente las páginas para confirmar la hipótesis que, como una ráfaga, me había cruzado al escuchar la narración de María. Guiado como por un imán la encontré.

María negó la versión del suicidio. No quise mostrarle el documento. Lo habría negado también. Su hermano “había sido asesinado, punto”. Fue entonces cuando comprendí que escribir su biografía era, en sentido estricto, imposible. Como género hermanado a la historia, la condición primera de la biografía es la búsqueda de la verdad. Por definición, la verdad no puede emanar del sujeto mismo de la biografía, así tenga la “sesera” de María Félix. Como había hecho yo en el caso del hermano, cualquier biógrafo habría tenido que cruzar la información con versiones distintas y aun opuestas a las suyas, habría sondeado a sus hermanos y hermanas, a sus amores olvidados o soterrados, a sus querientes y malquerientes, habría abierto las entretelas de la leyenda y separado el mito de la realidad. Ejercer esa inquisición no me atraía. Tampoco a ella: “¿Para qué insistes en buscar eso que tú llamas ‘la verdad’; la vida de una actriz es sueño, y si no es sueño no es nada. Registra lo que te cuento, recréalo como lo que es, un sueño: esa es su ‘verdad’ profunda, no la otra.”

Los dos teníamos razón. Tan verda-

dera era su verdad como la mía, pero nuestras verdades eran incompatibles. La solución no era la biografía sino la autobiografía. No sería difícil armarla: las grabaciones consignaban ya una literatura oral que, con leves afinaciones, pasaría limpiamente a la página. Así nació el libro que me contó María Félix y que Enrique Serna, meticulosamente, transcribió y editó. La ausencia de María le confiere a su testimonio un sabor nuevo, extraño. Esa ausencia se siente, y su silencio se oye. —

— ENRIQUE KRAUZE

CARTA DE BARCELONA

El interruptor exacto de la máquina del tiempo

Llevo media vida dividiendo a los escritores en dos bandos muy definidos: los que inspeccionan neuróticamente su pasado (encuentran en él un pozo inagotable de inspiración) y los que lo ven como un aburrimiento olvidado y no encuentran ahí ninguna cicatriz psicológica y ningún estímulo para la fiereza de la vida imaginativa. Siempre me he visto como perteneciente al segundo bando y muchas veces me he muerto de risa recordando, por ejemplo, cómo para Flaubert los recuerdos hacen ruido. Se lo decía en carta a Louise Colet en los años cincuenta del siglo XIX: “Todos los recuerdos de mi juventud gritan bajo mis pasos como las conchas de la playa.” Y Baudelaire otro tanto: “Así en el bosque donde mi corazón se exila/ sopla un viejo recuerdo todavía en el gran cuerno...” Pero ya en Apollinaire se desmitifica la imagen baudeleriana: “Los recuerdos son cuernos de caza/ cuyo sonido muere en el viento.”

La paciencia policiaca para capturar un recuerdo puede ser ridícula. A uno le bastaba con una galleta mojada en el té; a otro, con una gota de perfume que hubiera quedado en el fondo de una botellita vacía. Sabores, olores mínimos pero capaces hasta de asustarnos. Me da vergüenza decirlo: mi galleta mojada, mi gota de perfume, es un breve trago

—tan breve como la infancia— de Cacaolat, una bebida catalana que está resistiendo los embates del Tiempo. No puede ser más ridícula y menos poética la palabra Cacaolat, y tal vez por eso me he pasado media vida odiando a los escritores que trabajan con sus recuerdos y defendiendo a aquellos cuyo caudal imaginativo versa sobre el mundo más que sobre el yo, defendiendo a aquellos que sin el peso muerto de los recuerdos están en condiciones de alcanzar la edad adulta del escritor con mayor rapidez, defendiendo a aquellos que no viven de las rentas de su pasado y que demuestran una imaginación al día, por no decir una imaginación al momento: una imaginación capaz de inventar de la nada misma.

Media vida me he vanagloriado de no encontrar nada, por ejemplo, en mi aburrida infancia, de no haber tenido que recurrir nunca a ella para poder escribir, de no emocionarme cuando inspecciono alguna situación de mi pasado infantil. Y sin embargo todo esto se derrumbó hace unos meses en la plaza Rovira de Barcelona, centro geográfico de toda mi infancia. Todo se derrumbó cuando acudí a presenciar allí el rodaje de una escena de la adaptación cinematográfica de *El embrujo de Shanghai*, la novela de Juan Marsé llevada al cine por Fernando Trueba. Habían restaurado con decorados la plaza y ésta, como si de un alucinante viaje en la máquina del tiempo se tratara, volvía a ser exactamente lo que era en los años de mi infancia y volvía a contar con el cine Rovira y con su programación doble y el *No-Do* franquista, cine de barrio cuya memoria visual se había desvanecido para mí con el tiempo, ya que de pronto volvía a recuperar, como si ese Tiempo hubiera sido de golpe anulado, la infancia. Me emocioné enormemente, estuve a punto de llorar en compañía de Paula, que no me acompañaba en la infancia porque en esos días ella vivía en Mallorca y aún no había llegado la hora de conocernos. Descubrí que tenía reprimida la infancia y sus recuerdos, aburridos o no.

Ayer, leyendo *Vértigo* de Sebald, leí y

viví un episodio parecido, también emocionante. Creo que puede decirse que volví a la plaza Rovira cuando en la segunda pieza del libro, *All'estero*, conocí en qué consiste el vértigo sebaldiano y supe por qué tantas veces nos emociona a sus lectores este escritor moderno tan antiguo y tan raro, que va siempre, como Cervantes en el episodio de la cueva de Montesinos, más allá de la ironía. Se trata de un fragmento en el que el narrador viaja con Olga y ésta cede a la tentación de entrar en el colegio al que ella había ido siendo niña: “En una de las aulas, la misma a la que había acudido a principios de los años cincuenta, daba clase, casi treinta años más tarde y con la misma voz de entonces, la misma maestra, que amonestaba a los niños de una forma exacta a la de entonces para que se concentraran en su tarea. Olga me contó más tarde que sola, en el gran vestíbulo, rodeada de las puertas cerradas que en su época le habían parecido elevados portones, había sido presa de un llanto convulsivo [...] a lo largo de toda la tarde no pudo serenarse de la impresión sufrida por la vuelta imprevista del pasado”.

Ernesto Calabuig, comentando esta escena sebaldiana, dice que ahí parece estar la gran lección que Sebald pretende ofrecernos: todo el pasado se está dando y aflorando aún, sin pedir permiso ni ser invocado, se está dando en el presente. Es emocionante, es terrorífico. Me recuerda a Emily Dickinson suplicando desde el sótano de su pasado: “¡No me dejes sola aquí abajo, Señor!” Decía Gesualdo Bufalino que los recuerdos son animales extraños y que el hombre no es otra cosa que una máquina de recordar y de olvidar que camina hacia la muerte. Por eso la memoria resucita de forma imprevista, con una evidencia que a veces nos alucina y nos arrebató. Como si hubiéramos oprimido el interruptor exacto de la máquina del tiempo. En cambio, se nos dice ahora, no son más que células del cerebro, redes nerviosas, microscópicas y hinchadas de ácido ribonucleico, donde se codifican fotogramas y los destellos de luz y de sentimiento, llanto

incluido. ¿Seguro que es así? Entonces, ¿por qué hay recuerdos que no hacen ruido? Sabemos dónde habita el olvido, pero no dónde vive el recuerdo. Creo innecesario decir que en los últimos tiempos, en lo que respecta a la memoria y los escritores, me he cambiado de bando y sigo reteniendo, como aquel día en la plaza Rovira, el llanto. —

— ENRIQUE VILA-MATAS

FIESTAS CÍVICAS

Feliz 10 de mayo

No nací de madre. Tras una rápida cesárea fui conducido a una incubadora. Por eso el objeto de mi deseo no es el seno materno, sino el tupperware.

Las Navidades en mi infancia eran tan tristes que los regalos no los traía Papá Noel, sino Noel Coward.

Recuerdo los días de las madres como una vergonzosa demostración de mi inutilidad. Los primeros años traté de dibujar paisajes para regalárselos a mi madre. Frente a lo que yo creía un incuestionable mar embravecido con puesta de sol, ella exclamaba: “Las ardiellas te quedaron bien.” Luego fuimos obligados en la escuela al jarabe tapatío y me tocó bailar con la más alta del salón, una llamada Vladimira Palacios. A la hora de pasar el botín con punta de metal por encima de la cabeza de mi pareja, le propiné un patadón que terminó en puntadas en una clínica de urgencias. La única que vez que hice feliz a mi madre en un 10 de mayo fue el día que me puse el suéter que me había tejido y fingí entender que la manga en el pecho era, en verdad, una bufanda.

Se dice que en los periodos la mujer tiene cambios inexplicables de ánimo, que llora sin razón. ¿Qué otra razón quieren para llorar? Si yo presenciara cíclicamente cómo sangro, dirían que me desmayo sin ninguna razón.

Las mujeres son los seres que sangran durante días y no se mueren. Hay también una nota de asesinato en su placer. Sus gritos no son como los gorgoros de los hombres, muy parecidos a

cuando probamos un buen cereal. En el goce femenino hay apuñalamientos, desmembramientos, hay algo más que sed saciada; es como si el agua que la sacia tuviera vidrios. Producto de esos desgarramientos, y por raro que parezca, la sangre cesa. El costo de tan ansiado logro es que le sigue el vómito. Tras casi un año, sus cuerpos ensanchados se parten en dos y expulsan, entre natas sanguinolentas, a un extraño a quien deberán tener en brazos succionando materia de ellas varios meses. Es el mismo extraño que algún día les dirá:

—Te dije que te tomaras el calcio.

Ahora ya te rompiste la cadera, inútil.

A esto llamamos el milagro de la vida.

Los 10 de mayo observo a las ancianas empujadas hacia dentro o hacia fuera de los restaurantes. Estos excesos siempre terminan mal: la anciana insiste en preparar ella misma la comida y todo termina en un pleito con el chef. Y es que una abuela es una persona que se siente incómoda si no está picando jitomate.

La vida sexual de mi abuela, una vez comenzada a los once años, nunca decayó. De hecho, a los ochenta continuaba de alguna manera cuando ella misma insistía en padecer una “vagina de pecho”.

La “celebración de la maternidad”, el 10 de mayo, fue un invento del *Excelsior* de 1922, en respuesta al reparto que el gobierno “socialista” de Yucatán hizo de un folleto firmado por Margarita Sanger, “La regulación de la natalidad o la brújula del hogar”, en el que se daban consejos prácticos para evitar los embarazos no deseados. Los Caballeros de Colón, indignados por ese “intento de extinguir la raza humana”, presionaron al secretario de Educación, José Vasconcelos, para que, desde las escuelas públicas, se celebrara ese año el 10 de mayo para “hacer un monumento de amor y de ternura a la que nos dio el ser, a manifestar en una palabra que todos los sacrificios, que todas las infinitas ansiedades de que es capaz el corazón de la mujer cuando se trata de sus hijos, sean valorados”. Entre las recomendaciones de *Excelsior* para “agasa-

jar a la autora de tus días” se contaban “un juego de thé”, “un estuche de bombones” y “unos gemelos para el teatro”.

Las mujeres que hace no mucho deseaba, ahora llevan niños en los brazos. Los bebés son inauditos: tienen ojos pero, en realidad, la posibilidad de que lo estén viendo a uno es muy remota. De hecho, estoy convencido de que cuando se ríen no lo hacen por alguna razón en particular. Pero poco podemos saber de su mundo: un llanto interminable puede decir cosas tan distintas para una madre preocupada como “tiene calor, tiene hambre, tiene sueño, no quiere pertenecer a este país”, etc. El comentario más certero es el de la madre profesional: “Ha de estar incómodo.” Su llanto, sin embargo, lleva a toda clase de soluciones: tomarlo en los brazos y, al mismo tiempo, marearlo y asfixiarlo, taparle la boca con una mamila o un seno gordo, engatusarlo con frases tan extrañas que necesitan que los adultos cambien de voz, o tratar de convencerlos del gran espectáculo que es agitar las llaves del coche. Un bebé deja de llorar después de comprobar que los seres a su alrededor son patéticos.

Los niños sólo son útiles cuando se trata de sacar objetos de debajo de los muebles. Eso quiere decir que su edad productiva va de los cinco a los cinco años y medio. Antes de esa edad les falta la madurez suficiente para que entiendan que deben sacar el objeto de debajo de, por ejemplo, una cama, sin romperlo y sin, instantes después, tratar de chuparlo.

Las deformidades familiares se adivinan a temprana edad pero la belleza no, por lo que cualquier comentario al respecto carece de sentido: nadie puede adivinar en la cara hinchada y enrojecida de un bebé signo alguno de una belleza que no sea simplemente un buen deseo. Predispuesta a decir: “pero qué bonito”, una tía mía exclamó cuando me descubieron frente a sus ojos a los dos días de nacido: “¡Pero qué inteligente!” Desde entonces, esa tía es, para mí, sólo una anécdota.

No obstante todas estas evidencias, la gente a mi alrededor sigue teniendo

hijos. La voz de un padre tan orgulloso que se embriaga todos los días brindando por su fertilidad me lo explicó así la otra noche: “Sientes una necesidad que brota de adentro como una lava incandescente, sube por tus entrañas y te quema si no la dejas salir.” Acto seguido, pasó a vomitar.

La hijita de los vecinos ha vuelto a entrar por mi ventana. Está ahora mismo parada ahí metiéndose un dedo en la nariz. No falta mucho para que empiece con su pregunta tradicional: “¿Qué escribes?” Y ante los resultados, de veras, no sabría responderle. —

— FABRIZIO MEJÍA MADRID

CINE

La última carcajada de Cuarón

Cero y van dos. Primero el mundo se nos mostraba tan diverso como para tener a Woody Allen declarando que *Amores perros* le parecía una “obra maestra”, y a un reputado crítico mexicano lamentándose por su falta de ritmo. Ahora, cuando en contra de las probabilidades *Y tu mamá también*, de Alfonso Cuarón, sigue los pasos de ésta en cuanto a internacionalización se refiere, la película se perfila como nueva bestia negra de la opinión especializada en México.

Un paréntesis para diferenciar los casos: la primera exhibición nacional de la cinta de González Iñárritu ya estaba legitimada por el Gran Premio de la Semana de la Crítica en Cannes. Más allá de que ésta tuviera virtudes, no era extraño que la crítica mexicana, salvo excepciones, comulgara con los criterios del jurado francés. Cuando *Y tu mamá también*, por el contrario, partió de México sin más mérito que registrarse como la película nacional más taquillera de la historia —su primer pecado—, las plumas de nuestros críticos ya se habían entregado a plasmar lo que sus fieros empuñadores pensaban. Y lo que pensaban, más o menos, era que se trataba de una historieta infantil y vergonzante, protagonizada por adolescentes imbéciles

les y patológicamente lascivos, desfasada de la realidad nacional y moralina hasta sacar ronchas. *Porky's* a la mexicana, patrocinada en secreto por Bimbo.

Algunos meses después, revistas y diarios extranjeros opusieron a estos términos otros un tanto distintos. La clásica *The New Yorker*, la canónica *Sight and Sound* (con un primer plano de Gael García en portada) y otras como *Rolling Stone* y *Esquire*, calificaron a *Y tu mamá también* como una de las películas más brillantes, introspectivas y artísticamente logradas del 2001. Elvis Mitchell, del periódico *The New York Times*, concluía su nota asegurando que el público abandonaría la sala habiendo visto algo inolvidable. Para Anthony Lane, veterano de *The New Yorker* y punzante hasta la crueldad, el tramo de adolescencia reconstruido por Cuarón contenía todos los elementos presentes en la vida humana. En prácticamente todas las reseñas, los protagonistas eran descritos como entrañables y dramáticamente vivos.

Que la confianza en la apreciación doméstica se haya visto resquebrajada no es algo que en este país se tenga por una decepción. Tampoco los entusiasmos foráneos nacidos de una visión folclórica. Lo interesante, quizá, es que entre “adolescentes subnormales” y “personajes emblemáticos” hay una brecha de perspectiva que a) denota ceguera o corrupción en una de las partes, b) hace pensar que Cuarón distribuyó copias distintas o c) sugiere que el problema no empieza ni termina con la cinta, sino con los parámetros del análisis.

La opción “a” es descartable porque los críticos que aquí se aluden, de uno y otro lado, ostentan prestigios de carrera larga. La “b” es un chiste malo en su nivel literal, aunque en el metafórico tiene algo de verdad. El punto “c” esclarece esta verdad: quizá los críticos ven cosas diferentes, porque los extranjeros se enfrentan a una película como cualquier otra, y los mexicanos, a una película mexicana. Y esto último, lo sabemos, lleva consigo fatigosas tareas, como especular si es subsidiada o no, averiguar si el director es discípulo de una vaca sagrada, o predecir si el crítico del bando contra-



Lea: Gael.

rio va a escribir a favor o en contra.

Esto nunca se expresa así, sino que toma la forma de agudos juicios cinematográficos. Tanto detractores como entusiastas de *Y tu mamá también* discuten sobre los mismos puntos: la procaacidad del lenguaje —si es necesaria o efectista—, la celebración de la libertad sexual —si es honesta o contradictoria— y el tangencial tratamiento sociopolítico —si es superficial o fiel a una realidad donde los estratos coexisten sin tocarse.

Para rebatirlos desde la misma lógica y señalar la fragilidad de los ataques, ayuda la observación que hace el crítico Paul Julian Smith, de la revista británica *Sight and Sound*: acusar a *Y tu mamá también* de crudeza o inmadurez, dice, es confundir el punto de vista de los personajes con los de la película misma. Siguiendo la premisa de Smith, creer que la cinta es adolescente porque los dos protagonistas son dibujados con los rasgos de la pubertad —la sobrecarga de testosterona y el lenguaje escatológico— equivale a pensar que *Taxi Driver* es una película condenable porque propone salir a limpiar la calle de indigentes y yonquis.

Y no es que se necesite el argumento de un güero para aprender a pensar: tan primitivo es sentirse legitimado por los ojos de fuera, como rechazar sistemáticamente un tipo de cine mexicano que no se pretenda trascendente.

Quienes hemos defendido la pelícu-

la desde un principio, lanzamos esta piedra sin culpa: si cada vez más la tarea del director mexicano será dar la espalda a los pretextos que le da México para hacer una cinta que explote la identidad, el crítico tendría que hacer lo propio y dejar de ver en cada cinta una metáfora fallida o lograda del país en transición, un modelo inspiracional para mejorar el léxico de nuestros adolescentes, y de especular sobre si el regreso al terruño de un director emigrado a Hollywood vuelve su película malinchista o patrioterista o todo lo contrario.

Cuando, hace algunas semanas, la radio BBC de Londres incluyó en su programación la entrevista telefónica con críticos mexicanos, para opinar sobre las producciones del país con criterios distintos a los anglosajones, el motivo de su decisión resonó por su sabiduría crítica, que no deja el beneficio de la duda sobre al final quién tenía razón. “Queremos críticos mexicanos”, dijo la jefa de programación, “porque a la luz de su cinematografía reciente nos queda claro que saben de qué hablan”. Solicitaba, sobra decirlo, una reseña esclarecedora de la película *Y tu mamá también*. —

— FERNANDA SOLÓRZANO

LITERATURA

La Ley de Heisenberg

Con Borges no se agotó el arte de la injuria, que goza de tan larga y buena salud, aunque suyos sean algunos últimos ejemplos memorables. Resulta una diversión imprevista descubrir sus apariciones en un autor bienhumorado, al parecer tan apacible, como Alberto Savinio, en el que vemos cómo la injuria, palabra de por sí violenta, con esa jota intermedia, agresiva como un alfanje, puede velarse con matices y quien la emplea ponerse guantes de seda para ocultar las uñas. Savinio habla, inocente, de una calle “exquisitamente peripatética y dialógica” pero ruidosa, por ende poco cómoda para conversar. Si alguien quiere decirle algo urgente a quien lo acompaña, lo detiene, “y como marinero en la tormenta le grita: ¿Te

acordaste de escribirle a Quasimodo que es inapropiado traducir el color de los olivos griegos, que Anacreonte llama *chloros*, como *glauco*, porque la calidad marina de este adjetivo, su humedad, las imágenes opacas que evoca, su misma sonoridad sorda, redonda, desdentada, blanda, de *inmersión*, conviene a las cosas marinas y sobre todo submarinas, no al follaje del olivo griego, tan terrestre, tan seco, tan palládico? Savinio, conocedor de muchas lenguas, del griego antiguo y moderno, pertenece a esa clase casi olímpica de escritores filólogos, que conocen las aventuras que cada palabra ha recorrido antes de llegar a nosotros, sus relaciones, sus intimidades, los peligros que su uso implica, y por donde puede venirle la enfermedad y la muerte que a ellas también alcanza. Quasimodo, por su parte, Nobel italiano, no desdeñaba traducir del griego.

Se lo tenía que decir y se lo dije, debe de haberse relamido Savinio, aunque lo que dice con tanta urgencia venga traído por los pelos, a los aparentes efectos de demostrar lo ruidoso de una calle. Queda claro que la malignidad requiere, para ser eficaz, erudición y paciencia, hasta que pueda saltar la liebre.

*

“Una gallina llamada Natalia había decidido escribir una novela, pero no le vinieron a la cabeza ni la trama, ni los personajes ni el título ni el estilo de la escritura. Fue así que aquella gallina veleidosa escribió en cambio sus recuerdos de infancia y tuvo mucho éxito entre las ocas.” En 1980, Luigi Malerba escribió *Le galline pensierose*, breves textos cuyas protagonistas son, como es obvio, gallinas. Todas las gallinas, ciento treinta y una, de la primera edición (Einaudi, 1980), más quince añadidas en la segunda (Mondadori, 1994), son vagabundas, devotas, golosas, exhibicionistas, locas, mentirosas, milanesas, suizas, babilónicas, orvietanas, de París, de Lyon, de Minnesota, astrónomas, zen, aristotélicas, locas, piojosas, viejas, anti-conformistas, inquietas, imprudentes, saltimbanquis. Cada una asume algún rasgo humano, ridiculizado, o alguna forma de tontería, real o posible, a me-

nudo graciosamente disparatada. Pero todas, todas carecen de nombre. Con la única excepción de esa gallina “llamada Natalia”. ¿Curioso, no? Porque en el campo de la novela italiana femenina anterior al 80, fuera de la gran Elsa Morante, la de *La isla de Arturo*, de inmediato tropezamos con Natalia Ginzburg (o sea Natalia Levi que, casada con Leone Ginzburg, hace del apellido de éste su *nom de plume*, nombre que nunca abandona, incluso cuando, años después de la muerte de aquél, poco antes de la liberación, a manos de los nazis, se casa con Gabriele Baldini).

Tan injusto parece atribuirle a la Ginzburg los rasgos que afectan a la gallina veleidosa que eso mismo le ofrecería una escapatoria a Malerba. Hubiese sido tan sencillo seguir con el anonimato también en el caso de la gallina escritora... Pero es muy posible que a un colega le fastidiara el éxito de Natalia: éxito ajeno, pero éxito logrado con armas propias y en apariencia pobres. Hay un texto suyo en *Le piccole virtù*, “Él y yo”, que es un cotejo entre virtudes generalmente masculinas y defectos que Natalia acepta encarnar: “Él ama los viajes, las ciudades extranjeras y desconocidas, los restaurantes. Yo me quedaría siempre en casa, no me movería nunca. Yo no sé bailar y él sabe. No sé escribir a máquina, y él sabe. En los conciertos, donde a veces me obliga a seguirlo, me distraigo y pienso en mis cosas. O caigo en un profundo sueño... nunca recuerdo el nombre de los actores... esto lo irrita muchísimo.” Este cotejo se prolonga a través de varias páginas del libro. Podría ser una confirmación irritante de una actitud que molestó incluso a un gran amigo de la Ginzburg, Pavese: dar por descontadas cosas que otros no podrían soportar (sobre todo alguien como él, a quien la incomformidad llevaría al suicidio). También podría demostrar algo en torno a lo cual se ofrecieron variantes: “Es difícil encontrar una tonta fingida más fingida que Natalia Ginzburg. Su primera preocupación es ostentar su condición de obtusa.” Cesare Garboli, que prologó publicaciones de la escritora, dice algo que

explicaría posibles tirrias: “La novedad de los ensayos de la Ginzburg consiste en el uso irritante de una inteligencia *diversa*... El resultado es que los códigos de la cultura masculina son infringidos al mismo tiempo que son utilizados.” ¿No es esto más que suficiente para ser convertida en gallina? No importa que *Léxico familiar*, por ejemplo, sea una inolvidable mezcla de recuerdos de infancia, sí, pero calibrados por una sutil inteligencia adulta, de ensayo que registra a través del habla del padre los cambios rápidos de las modas lexicales, y de memoria que abarca un tiempo y nombres verdaderos —no disimulados tras otros—, nombres que no podrían ser eliminados de la historia y de la cultura de nuestro tiempo. Como el de la propia Natalia.

*

Gesualdo Bufalino, uno de los notables escritores italianos (Ragusa, 1920), que ya va siendo traducido al español, llegó tarde a la fama. Comenzó a escribir al tiempo de la glaciación neorrealista, como él dice, pero no convencido de las virtudes de la prisa, trabajó, minucioso e infatigable, sus libros, prosiguiendo la orgullosa tradición de Lampedusa o de Piccolo, mientras daba clases y se aplicaba a otros esfuerzos poco visibles: elaborar sus versiones de *Las flores del mal* de Baudelaire o de *Les Contrerimes* de Toulet, sin que editor alguno se las hubiese encargado. Su presentación de un catálogo de viejas fotografías sobre el pasado de Comiso, su pueblo, lleva a Sciascia, y a un matrimonio editor inteligente, Sellerio, todos sicilianos, a descubrir a un novelista tras ese prólogo. Bufalino no se delata e insiste en que le impriman su Toulet. Sólo al año siguiente, 1981, su *Diceria dell'untore*, que ganará el Campiello, abre una serie de revelaciones sucesivas.

Confío en volver sobre este escritor, una de cuyas manías me propongo adoptar: “Tanto más vale un libro cuanto más es capaz de volverse libro profético, interrogable al abrir una página como un mazo de tarot. Es un juego que me jacto de haber inventado y que bauticé *bibliomanía*. Me traicionó una sola vez.” Es, podríamos decir,

algo así como una i chingisación de cualquier texto literario.

Cuando contrae “prudentísimas nupcias (premeditadas casi durante un cuarto de siglo)” con una ex alumna, Giovanna Leggio, en vez del pastillero de porcelana con la fecha que a veces se estila, regalan “un librito con dichos áureos, máximas propiciatorias, profecías tranquilizadoras”, que anticipa *Il matrimonio illustrato*, libro armado por ambos como recopilación de escritos de muchos autores sobre ese tema, que aparecerá siete años después.

Por ahora concluyo con una *Cartolina* suya: “Caro Leonardo Sciascia, / se L’anima t’acascia / l’Italia che si sfascia, / per uscir dall’ambascia / soterra lascia l’ascia / e rileggi Natascia.” Es decir: (Postal) Querido Leonardo Sciascia, / si el ánimo te abruma / que Italia se derrumba, / para salir de angustias / deja por tierra el hacha / y relee a Natalia. ¿Se entiende ahora por qué saqué a relucir a Bufalino? Para que la injuria dé paso a la celebración. —

— IDA VITALE

MANUALES

El peor de los casos

El primer libro de la serie es de un amarillo alarma. En los primeros capítulos, el lector puede aprender la manera de ahuyentar a un cocrudo en pleno ataque (péguele un buen puñetazo en la nariz), cómo saltar de un auto en movimiento (gire, gire) o cómo ganar una pelea a espadas. Uno nunca sabe cuándo pueda encontrarse con una máquina del tiempo y requerir de la habilidad del buen duelista.

De estos y otros asuntos extremos trata *El manual del peor de los casos*. Sus autores, Joshua Piven y David Borgenicht, idearon el proyecto como una respuesta a un mundo en el que cualquier cosa puede pasar. Por supuesto que sólo existe una mínima posibilidad de que, de pronto, uno tenga que escapar de un tiroteo o traer al mundo a un niño dentro de un taxi. Pero las probabilidades existen, y por eso uno cae en la cuenta

de que Piven y Borgenicht escribieron su libro pensando que, a veces, hasta lo más improbable llega a ocurrir. El manual tuvo un éxito asombroso. Corría el año de 1999.

Como alentados por una bola de cristal, los autores se lanzaron rápidamente a publicar el segundo manual de supervivencia. Esta vez, se concentraron en todo lo que podía salir mal en un viaje. ¿Cómo detener un auto sin frenos? Lo mejor es golpearlo levemente contra la barrera de contención. ¿Cómo controlar un camello desbocado? Jale las riendas hacia un lado y haga que el camello corra en círculos; si no hay riendas, sólo agárrese con fuerza y espere. ¿Cómo salvar la vida dentro de un elevador en caída libre? Tírese boca abajo y coloque las manos en la nuca. Lo más probable es que se rompa varios huesos, pero al menos el golpe se repartirá en todo el cuerpo. Y, claro, ese peor de los casos que, tarde o temprano, tiene que pasar: ¿Qué hacer si lo secuestra un extraterrestre? Golpéelo en los ojos: recuerde que ni usted ni nadie conoce qué otras “zonas sensibles” tiene el extraño.

Pero más allá de estos improbables sucesos, Piven y Borgenicht se adelantaron, con una precisión tétrica, al peor de los casos imaginables, el mundo posterior al 11 de septiembre. El manual del viajero ofrece instrucciones para volar un avión (aunque no un jet comercial) y cómo sobrevivir a un incendio en un rascacielos. Si el viajero termina en Paquistán (o en Colombia, o en tantos otros lugares), será bueno saber cómo negociar si uno se convierte en rehén: en caso de secuestro, mantenga la calma, no mire a los ojos a sus captores y acepte cualquier condición mientras observa con detenimiento los movimientos de quien lo tiene cautivo.

Si uno se encuentra involucrado en un secuestro *express*, apresado en la cajuela, la solución es simple: busque los cables debajo del tapete y trate de liberarse jalando de alguno (parece que esto es de verdad posible). En el último de los casos trate de dismantelar las luces de frenado; una vez deshechas, es probable que pueda gritar a través del hueco. Y no se desespere: las probabilidades

de asfixia son mínimas. ¡Qué alivio!

No está de más saber, también, qué hacer en caso de un asalto común y corriente. Primero, nos dice el manual, hay que saber si el asaltante sólo quiere algo de dinero o tiene intenciones más graves. En el segundo caso, si la defensa propia se hace indispensable, el primer consejo es golpear los ojos, la garganta o las costillas del asaltante. De ser posible, un buen apretón de testículos resulta también recomendable. La vida en la ciudad de México me parece, repentinamente, más tolerable.

Quizá temiendo que sus libros estuvieran adquiriendo un tono demasiado sombrío, Piven y Borgenicht dieron un giro a la historia y publicaron, hace poco, el tercer manual: el peor de los casos en el amor y el sexo. El librito, de un ineludible color negro, está repleto de buenos consejos. ¿Cómo detener una boda? Arme un escándalo; si eso falla, finja una convulsión. ¿Cómo escapar de una cita tétrica? Las estrategias son varias: en el peor de los casos, escape por la puerta trasera del restaurante. Tampoco falta la información más simple, como la manera de silenciar a una pareja en pleno ataque de ronquidos, cómo eliminar el exceso de gases (incluye un útil diagrama) o cómo determinar si el acompañante está casado.

No cabe la menor duda de que el consejo más llamativo de todos es qué hacer cuando uno se enfrenta a una de las situaciones más terribles que un hombre puede imaginar, uno de esos casos en los que ser mujer realmente es una bendición. El manual da instrucciones detalladas para liberar las partes nobles si éstas caen en las fauces de ese voraz invento, de ese multidentado burión: el zíper. La estrategia no merece ser revelada en esta nota, por más que pueda solucionar la vida de miles de lectores. Baste decir que tiene que ver con un movimiento repentino, preciso y en la dirección correcta. Jalar hacia el lado equivocado puede provocar un caos que ni el atrevido manual se atreve a contemplar. Hay cosas —y casos— que pertenecen a limbos demasiado dolorosos. —

— LEÓN KRAUZE